

¡Y te he visto también, te he gozado, soberbio nido de piedra para águilas caudales, en la suprema apoteosis de tus colores, en el paroxismo de tu sol, de tus montañas, de tus pinares, de tu río, de tus verjeles! Desde la atalaya granítica del Picacho has sido mía, toda entera, con tu campiña ebria de matices y de trinos, con tu crestería agresiva, con tus senderos tremendamente caprichosos; has sido mía desde el campanario de Santa Lucía, cuya iglesia guarda el Cristo negro que deseó ver Felipe II, el maniático y taciturno monarca desde la ventana del Escorial, hasta el Cerro de Hule, de donde te descubrió el poeta, toda blanca y señorial. Has sido mía, ciudad magna y heroica; ciudad patricia que enseñaste a amar la libertad cuando aun imperaba el oscurantismo; que pariste el genio; que has sido siempre altiva y soberbia hasta en los raptos de homicida locura, cuando son más pródigas las vendimias de la muerte.

¡Salve madre ciudad augusta, muelle, pétrea, huraña y libre!

Del libro *Prosas Fugaces*.

Panorama de la literatura costarricense

Rogelio Sotela, abogado, poeta y literato costarricense, miembro correspondiente de la Academia Española y de otras instituciones intelectuales escribe.

En una hojeada de la Literatura costarricense, por rápida que sea, no debe omitirse el informe de la influencia decisiva y valiosa que animó a los hombres de la primera generación literaria nuestra, que nacieron hacia 1860. Consistió esa influencia en la llegada a Costa Rica de dos hombres ilustres que hicieron sentir en el país las huellas de su genio: Rubén Darío, el príncipe de la poesía hispana, y el doctor Antonio Zambrana, tribuno excelente, glorioso hijo de Cuba.

Vivieron ellos entre nosotros por el año 1891 y a su lado crecieron, felizmente, los principales cultivadores de las letras nacionales de la primera generación.

Preciosa coincidencia: ser los iniciadores de nuestra literatura, un gran patriota de Cuba y el primer poeta de América, como si se hubieran concertado ellos mismos para hacer brotar de nuestro suelo la armoniosa fuente de lo bello.

Vale anotar así esa aurora de la literatura costarricense, para que tan buenos auspicios sean siempre un estímulo y un aliento protector.

Literatura colonial no podemos ofrecer en un panorama de nuestra patria. Lo que se escribió en Costa Rica por aquel tiempo, tiene sólo carácter epistolar y consta en desgarrada prosa administrativa. Acaso, por un mérito descriptivo, hemos de citar el extenso informe de Diego de la Haya y Fernández acerca de la erupción del volcán Irazú y de sus estragos en 1723.



Sin embargo, y como lo hicimos en nuestra obra publicada en 1923, *Escritores y Poetas de Costa Rica*, debemos mencionar a los principales propagadores de las ciencias y de las letras en los albores de nuestra nacionalidad: Fray Antonio de Liendo y Goicoechea. (1735-1814); Presbítero don Florencio del Castillo (m. 1834); Víctor de la Guardia y Ayala (n. 1772); Bachiller don Francisco de Osejo (murió hacia 1850); José Francisco Peralta (1788-1844); Joaquín Bernardo Calvo (1799-1865); doctor don José María Castro (n. 1818); Julián Volio (n. 1827); Jesús Jiménez (n. 1823); y más cercanos a la primera generación, productores de obras literarias, Francisco María Iglesias, que publicó varios folletos, reveladores de su estilo ameno; doctor don Salvador Jiménez y doctor don Rafael Orozco, escritores jurídicos; León Fernández, periodista, gran historiador; Mauro Fernández, egregio orador, reorganizador de la enseñanza nacional; Manuel María de Peralta, historiador y diplomático; Manuel Argüello Mora, precursor de la novela costarricense (1834-1902).

Pero los verdaderos cultores de las letras provienen de mediado el siglo XIX.

JOSE MARIA ALFARO COOPER

Nació el poeta Alfaro Cooper en San José, en 1861. Del 80 al 83 ya había dado sus frutos líricos en versos melancólicos y amatorios. En 1912, la Revista *Ariel* publica su primera colección de versos, y en 1914 se insertan en los Anales del Ateneo, todas sus poesías, que él llamó Moldes Viejos. En 1921 se editó la primera parte de la "Epopéya de la Cruz", obra extensa y admirable sobre la vida de Jesús, que ya está terminada y que constituye uno de los esfuerzos de más vuelo en la literatura costarricense. Implica esa obra una dedicación tan grande, una devoción tan sincera al tema bíblico de la vida del Redentor en todos sus aspectos, que está llamada a no perecer. Realizando esta obra, cumple Alfaro Cooper con su modalidad artística, inspirándose en lo religioso. Son dos las cuerdas áureas de su lira, el hogar y la religión. No es solamente místico en el sentido que lo fué Nervo; es, además, religioso con fervor.

La factura de sus versos es de corte clásico. No es Alfaro Cooper un seguidor del modernismo y expresa su poesía en versos sencillos y sin alarde.

Su poema cristiano, escrito en varios metros, es su obra definitiva, y lo revela como poeta idealista, animado por una visión celeste.

En 1926 editó toda su obra poética en la "Imprenta Universal".

El poeta Alfaro Cooper acaba de morir el 23 de mayo de 1938 y existe el propósito de reeditar la "Epopéya de la Cruz".

ANASTASIO ALFARO

Aunque cultiva la poesía, más bien es un prosista, y más que esto, un cultivador de las ciencias.

En ese campo, la arqueología costarricense le debe preciosos trabajos. En asocio de don Manuel María de Peralta publicó en Madrid su primer volumen de Etnología Centroamericana, en 1892. Después ha publicado un libro sobre

Arqueología Criminal Americana, otro sobre Mamíferos de Costa Rica, y algunos Anales del Museo Nacional, cuyo director ha sido.

En 1817 publicó "Petaquilla", de prosa y verso, con prólogo del Conde de las Navas. En este libro está visible su característica: el nacionalismo. Allí se canta en versos sencillos, aunque de poca elevación poética, el motivo popular o la cascada hermosa, o el monte enhiesto, todo lo que puede ser admirado en nuestro ambiente de tonos medios.

En 1935, Investigaciones Científicas.

Anastasio Alfaro nació en la Provincia de Alajuela el 16 de febrero de 1865 y es Pasante de Abogado y Notario Público, aunque no ejerce tales funciones. Hoy se dedica al profesorado de Ciencias Naturales, con gran provecho para los Colegios del país.

ALBERTO BRENES CORDOBA

Nosotros lo hemos conocido desde los banquillos de estudiantes de la Escuela de Derecho. Es un profesor sereno, de talento analítico, no se apresura para deducir. Razona como un naturalista y da conclusiones seguras.

Como tratadista, le debe nuestra facultad de Derecho el aporte de valiosos libros de texto, labor a la que ha dedicado los últimos años.

Su primera obra en esta orientación es el "Tratado de los Bienes", en 1906. El segundo de sus textos es la "Historia del Derecho", cuya segunda edición ha aparecido, cuidadosamente revisada. Su tercer tratado es sobre "Obligaciones y Contratos". En 1925 publicó "Personas", con lo que ha completado la serie de obras que demanda el curso total de Derecho Civil, según el plan de estudios de la Escuela.

Están tan claramente expuestas las doctrinas de derecho y hay tal unidad en el plan general de las obras, que el estudiante tiene en ellas un magnífico auxiliar y es, a la vez, fuente de consulta profesional.

También ha publicado el Licenciado Brenes Córdoba, en 1888, sus "Ejercicios Gramaticales" y poco tiempo después un "Curso Elemental de Lengua Castellana".

AQUILEO ECHEVERRIA

De acuerdo con la teoría de Hipólito Taine, de que el medio ambiente de un país determina su literatura, Costa Rica puede ofrecer, como expresión de su naturaleza armoniosa y de su ambiente jovial y mensurado, la poesía fresca de Aquileo Echeverría, nuestro poeta por excelencia.

Echeverría es nuestro genio típico; en sus versos refleja el alma campesina del país. Por eso dijo Rubén Darío, en su libro *Peregrinaciones*: "Costa Rica tiene un poeta. Tiene, es verdad otros poetas, pero su poeta, el poeta nacional, el poeta regional, el poeta familiar, se llama Aquileo Echeverría".

El doctor Zambrana decía en el prólogo de "Concherías": *Su musa es una muchacha alegre, fresca, coloradota, si ligera de lengua, de muchas libras de peso. De imaginación traviesa, pero que sabe ponerse seria si le conviene*".

Las poesías de Aquileo Echeverría serán inmortales precisamente porque tienen su arraigo en el pueblo, a quien canta en romances sencillos y bellos.

Nació este poeta regional el 11 de marzo de 1866 y vivió su vida de bohemio desprendido de lo mundano, en días en que empezaba para Costa Rica una verdadera aurora literaria.

Otro aspecto de su poesía, muy valioso, es el del epigrama y de la copla, que cultivó con genio singular. Allí tiene un campo propicio su musa chispeante y picaresca.

En 1908 murió en Barcelona, adonde había ido en busca de salud. Dejó un solo libro, "Concherías", donde se recogen sus *Romances* y *Misceláneas* y que es suficiente labor para que la patria lo recuerde siempre con gratitud y con cariño. En 1937 se le tributó un homenaje público: los poetas costarricenses dijeron versos para él, frente al monumento que en esa ocasión se inauguró en el Parque de Heredia.

JUSTO A. FACIO

Uno de los más distinguidos poetas de su época. Nació en Panamá; pero desde muy niño vino a Costa Rica, que fué siempre su patria, a la que sirvió con devoción en el campo de la Enseñanza, a través del profesorado, y últimamente desde la Secretaría de Educación que sirvió con brillo. En ejercicio de ese cargo murió el 26 de diciembre de 1931.

En 1894 publicó Facio "Mis Versos", edición hecha en la Imprenta Nacional. Sus versos pertenecen a la Escuela Clásica, si nos atenemos al movimiento de avance que hace del ritmo interno un vasto campo para la melodía silábica. Acaso sea un parnasiano. Y se lee con gusto. En la colección de "Bronces y Sonetos Grises" es donde, a nuestro juicio, está mejor el poeta: la rima es fácil y se advierte un buen conocimiento de la métrica, un dominio de la ondulación rítmica que es el alma de la poesía. También es plausible su gusto para elegir temas y tipos, en lo cual es igualmente subjetivo y objetivista.

En 1929 publicó "Temas de Educación", donde se recoge todo su ideario pedagógico, y en 1931 un interesante estudio sobre "Origen y Desenvolvimiento del Romance Castellano".

Dejó Facio, además, buena labor dispersa en periódicos y revistas, casi toda sobre asuntos de enseñanza.

Fué jubilado por el Gobierno en mérito a sus largos servicios como profesor de Castellano y Literatura. Su hijo Rodrigo, estudiante de Derecho actualmente, heredó las principales virtudes estéticas del poeta y acaso en él se acendre de modo admirable la llama azul de la poesía.

RICARDO FERNANDEZ GUARDIA

Los costarricenses nos olvidamos muy pronto de las cosas que se hicieron entre nosotros. Fenómeno corriente es ese por la desatención que se da aquí a todo; cuestión de raza tal vez, pero en todo caso, lamentable proceder que sacrifica más de una obra bella.

Esa reflexión nos viene ahora que damos con estos libros de Fernández Guardia y nos viene más hondamente porque en él está el caso que apuntamos; hombre de pluma fácil y de vida interesante, tan pulcro escritor como hombre

correcto, no debería olvidarse tanto su obra extensa y buena. Apenas transcurrido veinticinco años y “Hojarasca” y “Cuentos Ticos” son ya dos libros poco leídos. Traducido varias veces al inglés el segundo, en lujosas ediciones ilustradas, tal vez haya ido a cumplir mejor su misión de “obra nacional” en el extranjero.

Estos “Cuentos Ticos”, venidos después de las filigranas parisinas de “Hojarasca” revelan en Fernández Guardia la condición de una dualidad en lo literario y en lo criollo. Como apunta don José de la Riva Agüero, es muy raro este concierto del criolismo y de la cultura. Casi todos los que entre nosotros se han dedicado a la descripción de las costumbres tradicionales y populares han caído en la vulgaridad, en el mal tono y en la jerga abigarrada y plebeya. Eso podría traerse para señalar casos nuestros en que los escritores copian más o menos exagerado el lenguaje campesino y urden cualquier trama imposible.

En el caso de “Cuentos Ticos” hay exactitud; la tradición costarricense tiene allí—y eso es otra virtud—cierta fina flexibilidad que le da el estilo; un cuento suyo arrancado a la vida nacional, tiene, pues, ese otro encanto de la forma.

“Un Santo Milagroso” encierra todas las condiciones para ser un verdadero cuento; es de esas páginas que se leen de un tirón y dejan cierta alegría en el ánimo. Confieso que a pesar de que estaba sólo me reí sabrosamente cuando leí lo de que Juan Rodríguez cayó redondo de un santazo.

En todos estos cuentos hay sencillez, naturalidad, unidad en el plan, en fin, lo que hace el buen cuento. “Un Alma” es el segundo del libro, en orden de importancia. “La Tía Juana” tiene el color triste y extraño que quiso darle el autor. Por la delicadeza recuerda al Marquina de “Almas Anónimas”.

No pudiendo detenernos como queríamos, debemos al menos consignar una comedia suya en prosa, “Magdalena”, que no conocemos, y luego tres libros de importancia nacional, los que le han dado el justo renombre como historiador ameno y sagaz. “Historia de Costa Rica”, que comprende el descubrimiento y la conquista; “Cartilla Histórica de Costa Rica”, que es un compendio bien arreglado de nuestra historia hasta hace seis años, todo expuesto con buen orden, claro y preciso, que se lee con gusto y se comprende fácilmente; y la “Reseña Histórica de Talamanca”, que es un conjunto de preciosa documentación, obra de erudición y de amor por las áridas búsquedas; se admira que siendo una obra de esa índole tenga una amenidad tan suave.

Brenes Mesén, que es uno de los poco atentos a nuestras obras, dijo a propósito de este libro: “Para los hombres de letras está lleno de sugerencias, de temas que podrían desenvolverse en forma; de cuentos, de dramas y de poemas; y los dos últimos capítulos son indispensables a políticos y periodistas. El libro todo es indispensable a los maestros que siempre se han mostrado quejosos de no encontrar a mano cuanto les ahorrara el trabajo de recorrer y extractar los numerosos documentos concernientes a las costumbres de nuestros indios”.

Demostrando hoy claramente su cariño por los trabajos intelectuales, este culto escritor prepara dos libros nuevos de cuentos uno, de tradiciones otro. Pudimos darnos idea de ambos, la tarde en que él fué electo Presidente del Ateneo y leyó en esa ocasión algunas páginas. Es el mismo fácil narrador que todo lo

dice como lo ve. Ejemplar y plausible es este esfuerzo de Fernández Guardia, sobre todo enseñarlo a aquellos espíritus apocados que se fatigan pronto y se conforman con la obra que hicieron de jóvenes, sin ver que la juventud fluye siempre del espíritu, eterna, como se ve en este admirado don Ricardo, en Gagini, el maestro incansable, en Facio y en algún otro de los que florecieron por aquellos días en que Darío llegó joven a Costa Rica y alisaba las alas para el triunfo, cuando Aquileo Echeverría llenaba con su ingenio el ambiente y el doctor Zambrana tenía su pléyade, no como la de Ronsard, pero sí llena de ese "humor" que fué el alma de la época.

En una preciosa revista mensual que se edita en Francia, "Les Mille Nouvelles", que recoge los mejores cuentos de "tous les écrivains célèbres de tous les pays du monde" encontramos un cuento de Fernández Guardia traducido: "La Princesa Lulú". Como exordio publica la revista una noticia del autor, de la cual queremos transcribir algo que nos parece de interés: "Ce n'est pas seulement un literateur que Ricardo Fernández Guardia. Il ne c'est pas contenté de rêver et d'écrire; il est entré dans la diplomatie, comme un grand nombre d'écrivains hispano-américains. Mais, malgré ses séjours hors de France, il est toujours le "boulevardier" par excellence. Aristocrate dans ses goûts comme dans ses manières, d'une élégance raffinée et discrète en même temps dans sa toilette, il a écrit dans une langue soignée et pure, nette et sobre, où brillent de temps à autre quelques phrases exquises qui empêchent le style de paraître monotone, sans nuire pourtant à son unité harmonieuse.

Ricardo Fernández Guardia sait du reste rester original, même dans ses cadres parisiens. Grâce au charme romanesque de son imagination, il renouvelle en quelque sorte les sujets qu'il traite, et son livre intitulé "Hojarasca" le range parmi les meilleurs écrivains de l'Amérique Latine".

Y eso es él en verdad, un aristócrata, un culto caballero que se cuida de los menores detalles y que es refinado sin ser "poseur", de educación espontánea. La escuela de hogar que tuvo se traduce en sus maneras y es imposible estar con él sin pensar en que se está ante un parisino d'élite.

En su biblioteca lo encontraréis ante el escritorio profuso, sentado en un viejo sillón colonial, de cuero, rematado de hierros cobrizos. La sala de libros está arcaicamente engalanada con estas sabrosas sillas. Esta biblioteca suya, que era una de las más ricas del país, fué mutilada con el incendio de su casa; pero aún se ven allí algunos cronicones viejos, el amarillento archivo de los tiempos coloniales y todo un enfilamiento de libros anticuados y borrosos que son, como dijo Darío de los libros de Palma, vasta mina escabrosa de donde el brillante y original trabajador saca, a la luz del mundo literario, el grano de oro sin liga que resplandece con brillo en sus tradiciones.

Ahora, puntualicemos algunos detalles salientes de su vida; nació en la provincia de Alajuela, en 1867; a la edad de seis años hizo su primer viaje a Europa y permaneció en un colegio de París hasta 1878, año en que regresó a Costa Rica. Por su estada en Francia había olvidado el español, de modo que ha tenido que aprender dos veces su lengua materna. Continuó sus estudios en

el Instituto Nacional de San José, y en el Colegio de Alajuela hasta 1883, volviendo a Europa para perfeccionarlos. Muy joven se inició en la carrera diplomática con su padre, don León Fernández, que era Ministro en Londres, París y Madrid. Después fué dos veces Secretario de don Manuel María de Peralta; con ambos trabajó en la cuestión de límites con Colombia. En 1896 fué Subsecretario de Relaciones Exteriores, en 1900 Ministro en Roma en misión especial, en 1905, Ministro en Honduras y en 1909, Ministro de Relaciones Exteriores en tiempo del Presidente González Víquez. De 1910 a 1913 colaboró con don Pedro Pérez Zeledón en el pleito de límites con Panamá y después ha desempeñado varias comisiones diplomáticas especiales.

Desde niño sintió gran afición a las letras; tuvo la suerte de encontrarse ante la excelente biblioteca de su padre, en la cual figuraban los clásicos franceses y españoles y muchos griegos y latinos traducidos al francés. Su primer ensayo lo escribió en París y en francés; era un drama extravagante y de aventuras americanas, hijo de su imaginación, infantil aún, inspirado por las novelas de Fenimore Cooper. A los 7 años escribió en Londres una novelita sentimental y después algunos cuentos que nunca quiso considerar. En 1891 don Justo Facio fundó la "Revista de Costa Rica" y habiéndole mostrado una crónica sobre Sevilla, ciudad donde había vivido algún tiempo, lo animó a publicarla en la revista. Esa, puede decirse, fué su entrada en el camino de las letras. Rubén Darío, quien acababa de llegar a Costa Rica, y que habría de ser más tarde gran amigo en París de Fernández Guardia, lo alentó mucho en sus primeras publicaciones. En 1894 aparece "Hojarasca" y tuvo este libro la fortuna de ser justipreciado por Gutiérrez Nájera y otros intelectuales de valía que entonces estaban en el ambiente diario. Después hizo silencio con su viaje a París cuando fué a servir la Secretaría de la Legación allá y no fué sino hasta 1901, a su regreso cuando volvió a los trabajos intelectuales. Durante su ausencia dijo alguien que no era capaz de escribir otra cosa que esa literatura "extranjera" e inútil; entonces "tomó el lápiz como él dice y realizó esos "Cuentos Ticos" que lo enseñan como un costumbrista admirable.

En 1904 fué Director de la revista "Pandemónium" y lo vemos entonces que colabora en varias publicaciones extranjeras. El periodismo ha sido siempre el campo de su cariño. A los 20 años comenzó a escribir en "La República" de don Juan Vicente Quirós y en 1899 colaboró en el "Boccacio" de Aquileo J. Echeverría, el periódico humorismo que tan celebrado fué en aquel tiempo. Más tarde colaboró en "El Herald" de Pío Víquez y en otros periódicos. Como gaje de esa labor puede recordar dos prisiones y un destierro durante la dictadura del Presidente Rodríguez.

El ejemplo de su padre y sus trabajos en la cuestión de límites despertaron en él una gran afición a la Historia Patria y ya en 1899 había publicado en Madrid una obra valiosa de esa índole que su padre había dejado inédita al morir. Después vinieron esos libros de que hablamos ya y que han servido al país notablemente.

Es miembro correspondiente de las Reales Academias Españolas de la Lengua y de la Historia. Su vida inquieta de viajero lo llevó a convivir con



Rubén Darío y juntos estuvieron algún tiempo en Madrid, Barcelona y París cuando ya la Gloria había soplado para él su trompa. Rubén tuvo por Fernández Guardia, sincera estimación; recuerdo haber visto en la incomparable revista "Mundial", que dirigía en París el poeta, inserto un grabado de Fernández Guardia a la par de otro de él, haciendo bello elogio de nuestro compatriota. Y en su libro "La Caravana Pasa" se lee un juicio de consagración para el culto escritor a quien siempre le decía que se diera por entero a las letras, admirándole su facultad de poder escribir igualmente en francés que en español. En esa época conoció Fernández Guardia personalmente a Castelar, Núñez de Arce, Echegaray y Manuel del Palacio. Tuvo relaciones con Jacinto Octavio Picón, Rodríguez Marín y doña Emilia Pardo Bazán. Entre todos estos escritores hay uno que influyó notablemente en sus cuentos; Guy de Maupassant, a quien conoció en 1886. Esa influencia se advierte principalmente en sus cuentos "El Cuarto de Hora" y "La Princesa Lulú".

Las últimas obras suyas son: "La Independencia y Otros Episodios", 1928; Costa Rica en el Siglo XIX", 1929; y "Cosas y Gentes de Antaño", 1935.

CLETO GONZALEZ VIQUEZ

Su nombre pertenece ya a la historia de los hombres ilustres de Costa Rica. Nació el Licenciado González Víquez el 13 de octubre de 1858, en Barba, provincia de Heredia, y acaba de morir, el 23 de septiembre de 1937, en medio del cariño y de la admiración de todos.

El país le debe valiosos estudios de geografía histórica, de genealogía, y el inmenso trabajo, poco conocido, de los Protocolos, de donde ha sacado interesantísimas páginas de la vida íntima de Costa Rica en la época colonial.

Magón, refiriéndose a él decía: "La historia, especialmente la patria, tiene en González Víquez un sacerdote distinguido; paleógrafo, escudriñador, infatigable rebuscador de datos, de todos los dédalos de ese laberinto y todos los vericuetos de esa selva enmarañada y casi virgen que él recorre con impasible seguridad".

De la Universidad de Santo Tomás salió, antes de ser abogado, para integrar como Secretario la Comisión Codificadora que realizó los actuales Códigos vigentes, y en la que trabajaron el Doctor Cruz, don José Joaquín Rodríguez, don Ascensión Esquivel, don Ricardo Jiménez Oreamuno y otros.

Después de haber ocupado varios importantes cargos públicos, fué electo Presidente de la República para el período de 1906 a 1910. Después vuelve a ser Diputado en 1916 y Presidente Municipal en 1922, con lo que demuestra cuán democrática es la vida política en Costa Rica, donde un ciudadano deja la Presidencia de la República para servir a la comunidad en la Presidencia Municipal.

De 1928 a 1932, ejerció de nuevo la primera Magistratura de la Nación. Como abogado, se sabe que él y don Ricardo Jiménez son los primeros abogados de Costa Rica, asesores ellos de cuanto asunto difícil se haya presentado.

Su labor de historiador y de jurista está dispersa en folletos, periódicos y revistas nacionales. Se impone, desde luego, la necesidad de reunir en volúmenes la labor de González Víquez, para que sirva de libro de consulta a los estudiosos.

MANUEL GONZALEZ ZELEDON



Magón—que es el nombre con que este escritor ha regocijado a sus lectores—tuvo la gloria de ser uno de los primeros, si no el primero, que han cultivado el folklore en Costa Rica. Todos sus cuentos, todos sus paisajes tienen la jovialidad “tica”. Ora recuerda momentos de muchacho, cuando se bañaba en “La Mina”, ora es un paisaje costarricense, lleno de luz y de gracia, ora un cuento lleno de picardía. Otra singularidad suya es su estilo que, con ser costarricense, no cae en la gazmoñada de tantos imitadores. Habla en lenguaje sencillo y propio de los asuntos regionales y es por eso nuestro mejor costumbrista.

Sus principales trabajos se encuentran en “Colección Ariel” N° 15 y en la edición que hizo en 1922 don Joaquín García Monge con el título de “La Propia”;

González Zeledón nació el 24 de diciembre de 1864, en San José, y ha sido de todo—como él dice—“hasta Diputado al Congreso”.

Murió siendo nuestro Ministro en Washington, en 1936.

MANUEL DE JESUS JIMENEZ

Es uno de los verdaderos grandes hombres que ha tenido el país. Como historiador y escritor de costumbres casi no ha tenido émulo entre nosotros; y es indudable que el acervo literario que dejó a su muerte constituye una gloria para las letras costarricenses.

Como orador, pocos hubo en aquellos días del 92, cuando se alzaba en el Congreso Nacional y era imponente su palabra.

Don Manuel de Jesús Jiménez fué hijo del patricio don Jesús Jiménez, dos veces Presidente de Costa Rica, y hermano de don Ricardo, de quien hablamos en seguida, tres veces Presidente de la República.

Nació don Manuel de Jesús en la ciudad de Cartago en el año 1854. Hizo sus estudios de segunda enseñanza en el Colegio de San Luis Gonzaga, dirigido entonces por el Doctor Ferraz. En ese mismo colegio sirvió más tarde como profesor de Historia, Geografía y Literatura. Ocupó puestos de importancia durante varias administraciones y en 1893 fué candidato a la Presidencia de la República. En la administración de su hermano don Ricardo, 1910, fué el Primer Designado a la Presidencia.

Su vida fué una página admirable de sobriedad, de trabajo y corrección. Sus trabajos literarios son una herencia magnífica para que las nuevas generaciones conozcan muchos aspectos interesantes del país.

RICARDO JIMENEZ OREAMUNO

Es una de las más altas figuras de la intelectualidad de Costa Rica. No se ha dedicado con exclusividad a un género literario especial. En todos sus actos, en cada palabra suya, en cada frase escrita está de relieve el hombre intelectual, el pensador, el ironista, el hombre de talento singular y de espíritu admirable. Como orador, es gallardo y es culto. Como polemista, inconfundible y seguro. Como adversario, irónico y tenaz. Eminente jurista, de vastísima cultura, gran estadista,

es ciertamente una de las grandes figuras que puede enseñar la historia contemporánea de Costa Rica.

El cronista salvadoreño Arturo Ambrogi decía en un libro: "Costa Rica tiene un Teatro Nacional y un Ricardo Jiménez". Y esa frase, excesiva tal vez, no pareció imposible cuando fué conocida. Es que su figura se presta aun a la paradoja.

La obra literaria del señor Jiménez Oreamuno está esparcida en todas las publicaciones del país; no ha habido revista o periódico de importancia donde no conste algún brote de su pluma. Así es que será utilísima y fecunda la labor de quien alguna vez trate de recoger esa obra dispersa.

Su iniciación política la hizo en el periódico "El Ciudadano", que editaba don Pedro Pérez Zeledón en 1880, con un artículo titulado "Lo que hay que hacer", y que era un estudio profundo sobre la situación política de entonces.

A San José llegó como a los 12 años y estuvo trabajando en un Juzgado, de simple escribiente. Entró a la Escuela de Derecho y empezó a triunfar. En el 84 recibió su título de abogado. En el 85, a los 26 años, ocupó su primer puesto político de importancia: fué como Ministro Plenipotenciario ante el Gobierno de Méxco. Después ha pasado por casi todos los cargos públicos más altos, siendo Presidente de la Corte a los 30 años de edad. En mayo de 1932 comenzó a ejercer por tercera vez el cargo de Presidente de la República.

Pocos hombres han tenido tanta admiración como don Ricardo Jiménez; hasta sus enemigos más ardorosos declaran que su mentalidad es un orgullo para Centroamérica.

ELIAS JIMENEZ ROJAS

En 1869, el mismo año en que llegaba al país el maestro doctor don Valeriano Fernández Ferraz, nació en San José este hombre modesto y sabio.

En Costa Rica es uno de los espíritus más singulares, por sus vastos conocimientos, su probidad indubitable y por su carácter. Ha sido un solitario, pero desde su soledad ha luchado con entereza y se ha dado a los jóvenes con generosidad. Como intelectual, es de admirar su orientación definida y la forma sintética como trata sus asuntos.

Sus ideas son amplias. Con Platón, cree que el mal es ignorancia del hombre. "Con conocimientos no habrá perversos, fuera de los anormales", dice. Es un hombre a quien se puede estar oyendo muchas horas porque alienta y porque enseña.

Desde que dejó la Dirección del Liceo de Costa Rica vive recluso en su botica, donde educa a algunos jóvenes y desde donde trabaja asiduamente en las revistas que él edita por su cuenta y que hace circular entre amigos.

Ha colaborado en casi todos los periódicos y revistas del país, pues su opinión ha sido solicitada siempre y atendida con respeto.

Es individualista, pero por encima de todo es un optimista. Cerca de él lo admiramos más; cosa rara, por cierto, porque los hombres generalmente sólo son admirables a la distancia.

Su labor de los últimos años está en Eos, Reproducción y Apuntes, las publicaciones cuyas que le sirven de tribuna para expresar juicios sobre toda clase de actividades. Los jóvenes harán muy bien si buscan los escritos de este hombre sabio y silencioso.

MIGUEL OBREGON

El señor Obregón Lizano nació el 19 de julio de 1861, en la ciudad de Alajuela y ha sido Profesor desde el año 1887 en todos los Colegios de la República, hasta su muerte, en 1935.

Publicó las siguientes obras: "A B C de la Geografía", 1887; "Nociones de Geografía de Costa Rica", edición de París, 1889; "Algunas Palabras sobre Enseñanza de la Geografía" traducida de Schrader; "Lecturas Geográficas", 1914, y "Geografía Patria", 1922, que fué su última obra y que constituye un precioso documento sobre la geografía física de Centroamérica, arreglada con lecturas interesantes y amenas.

En el país se le tiene gran estimación a su nombre como educador y como hombre de estudio. De clasificarlo entre las gentes de letras, lo pondríamos más bien entre los cultivadores de la literatura científica.

PEDRO PEREZ ZELEDON

Es uno de los representantes de la cultura sólida y austera del siglo pasado. Hombre lleno de energías, activo y cultivado, ha prestado grandes servicios al país.

Nació el Licenciado Pérez Zeledón el 4 de enero de 1854; hizo sus estudios de primera enseñanza bajo la dirección del general y doctor Máximo Jerez y los de segunda con el recordado orador centroamericano Alvaro Contreras. Sus estudios profesionales los hizo en la Universidad de Santo Tomás y se recibió de abogado en 1877. Su carrera pública empieza desde muy joven y se ha ejercido en múltiples cargos, todos servidos con probidad y con lucimiento, principalmente en los asuntos de límites entre Costa Rica y Panamá, en los que trabajó con celo patriótico y sacó triunfante la tesis nacional.

Su principal dedicación como escritor ha sido en el campo de la historia; ha ahondado fructuosamente en el estudio del período colonial de Costa Rica y es indudable que la bibliografía costarricense le debe preciosos estudios de paciente y sabia investigación.

Cerca de este hombre, austero y noble, se estaba con admiración y con cariño; su conversación era fuente de virtud, de energía, de saber.

Muchos detalles de los insertados en esta labor sobre algunos hombres del siglo pasado se los debemos a él, pues en su conversación nos ilustró preciosamente.

Cansado ya, casi ciego, apenas vivió sus últimos meses con una modesta jubilación que le había otorgado el Congreso. Así, pobre y triste, murió en 1930; pero sin duda pudo sentir siempre la alegría que da el haber cumplido con el deber en todos sus actos y el haber dedicado los mayores esfuerzos de su vida al bien de la patria.

PIO VIQUEZ



Cronológicamente, es nuestro primer poeta lírico.

Nació en la ciudad de Cartago en 1850 y murió en plena cosecha intelectual en 1899.

Su vida fué una inquietud constante; maestro de escuela, profesor catedrático, diplomático, poeta, periodista. Pero en lo que descolló verdaderamente fué en el periodismo: su diario "El Heraldó" que vivió bajo su dirección más de diez años, representa una época en la cultura costarricense.

El periodista apaga casi al poeta; sin embargo, son bellas algunas de sus poesías, tales como "El apache", "La Camelia" y la célebre "Torcaz".

Pudo haber dado mejor fruto su noble talento; pero la inquietud de su espíritu, lo azaroso de su vida y su muerte temprana, nos han privado tal vez de una valiosa floración lírica.

Era Pío Víquez de los románticos a la manera del siglo pasado. Influido por Musset, Zorrilla y Espronceda, tenía sin embargo su expresión propia y cierta distinción moderna.

Sus trabajos fueron recogidos en 1903 por disposición de la Administración Esquivel y lo llevaron a cabo Rafael Machado Jáuregui y Tobías Zúñiga Montúfar.

Hoy tenemos el libro "Miscelánea", libro voluminoso que contiene las prosas y los versos del poeta y periodista tan recordado.

(De la revista "América")

Antiguas civilizaciones de México y Centro América

Notas tomadas del libro que lleva este título, publicado por el American Museum of Natural History. Autor, Herbert J. Spinden.

El señor profesor don Juvenal Valerio, Director del Museo Nacional, quien ha convertido el establecimiento de su dependencia en un laboratorio al servicio de la riqueza y de la cultura nacional, a la vez que en centro de trascendental investigación científica, dándole su verdadera importancia, ha puesto a la disposición de la Revista de los Archivos, el libro de su colega Herbert J. Spinden de que trata esta nota histórico-bibliográfica. No sin manifestar antes nuestra gratitud al eminente arqueólogo señor Valerio, pasamos a traducir lo que juzgamos útil para dar a conocer al país algo de esta notabilísima producción científica de un autor que nos honró con su visita a Costa Rica.